

Córdoba es Cabecera de Distrito; la villa, situada á sesenta leguas al Este de México, es muy extensa y cuenta una población de doce mil habitantes, poco más ó menos. Las calles son rectas y bien alineadas; las casas, de construcción mediocre, constan de un solo piso, siendo la mayor parte de planta baja. La plaza mayor, situada en el centro, es cuadrada y de forma regular. Al Oriente está el templo parroquial, de hermosa construcción y muy rico en su interior. En frente, al Poniente, se ve la Casa del Ayuntamiento, con peristilo y gradería. Los otros dos lados los ocupan fincas de particulares, igualmente con peristilos y sus galerías están llenas de vendedores de frutas y legumbres. Gruesas barricadas con foso impiden el acceso á esta plaza, pudiendo en caso necesario convertirse en reducto.

La temperatura de Córdoba es caliente y húmeda, pasando por mal sana á causa de que en ciertas épocas del año se hacen allí sentir las fiebres y las disenterias. La población es poco hospitalaria y nada favorable á la Intervención. Los cordobeses tienen en México la fama de ser muy exaltados y ardientes revolucionarios, opinión que nos parece muy justificada.

La Villa posee un monumento público conmemorativo del patriotismo de sus habitantes y de los sacrificios que se impusieron durante las guerras de Independencia. Otro monumento se eleva también en conmemoración de la brillante victoria obtenida por los insurgentes sobre el ejército realista el día 16 de Mayo de 1821.

Hay varias escuelas, un Colegio para jóvenes que se destinan á la marina, tres hospitales y ocho iglesias ó capillas, siendo las principales la Parroquia y Convento de San Antonio de Padua. En otro tiempo poseía Córdoba unas fundiciones de metales que ya no funcionan. En los alrededores hay hermosas haciendas donde se fabrica velas, azúcar, aguardiente de caña, aceite, jabón, etc. La población de todo el Distrito es de cerca de cuarenta mil almas, siendo de estas treinta mil indios.

Nuestra permanencia en aquella Villa no fué muy larga, empleándonos allí en varias expediciones á los cerros en donde se refugiaban bandadas de guerrilleros. Grandes fatigas

arrostramos, pero no fueron sin resultado nuestras correrías, logrando aprehender á muchos de aquellos bandidos, purgando de ellos en poco tiempo á casi todo el Distrito. Antes de nuestro arribo, apenas estaba el mercado provisto de algunas insignificantes legumbres de mala calidad, porque los indios que las introducían eran robados y maltratados en el camino. Nuestras expediciones pronto restablecieron en todas partes la seguridad, con lo que en seguida los mercados reboaban de toda suerte de artículos de consumo.

Llegaba por fin el momento en que el ejército debía subir á la gran planicie de Anáhuac, y las operaciones militares, de todos esperadas con impaciencia, iban á principiar. Dejamos Córdoba felizmente, primero, porque íbamos á recorrer nuevas comarcas y luego porque la campaña tomaba un carácter más activo. El tiempo del fastidio había pasado. Todo estaba listo y ya una parte del ejército había salido de Orizaba.

Entre Córdoba y Orizaba el terreno es muy desigual y escabroso. Delante de nosotros se dibujaban altísimas montañas sin árboles, presentando sus pendientes de roca desnuda; en las campiñas descúbrense á derecha é izquierda caseríos formando sendos pueblecillos de trecho en trecho. La vegetación, aunque bellísima, no es tan rica ni vária como en el litoral, porque, durante el tiempo de sequía, los campos carecen de verdor, mientras que en el de lluvias se ve como por encanto extenderse los cultivos hasta perderse de vista, en valles bien regados por todas partes.

Después de dos horas de marcha llegamos á *las Animas*, lugar conocido en el ejército con el nombre de *el Fortín*, á causa de unos atrincheramientos allí establecidos para la custodia de un puente sobre el Río Blanco que corre al pié de la poblacioncita. Un escuadrón de la caballería aliada, por el estilo de la de Paso del Macho, ocupaba aquel puesto.

El Fortín era el primer cortijo que encontrábamos más habitado en el camino de Veracruz, y todo lo examinábamos allí con cierta curiosidad durante el alto que hicimos. Habitábanlo gentes de un repugnante desaseo; hemos visto mujeres mal cubiertas de harapos, desgreadas, asomando sus repugnantes cabezas por la puerta de sus *jacales* y llevando en brazos á sus hijos desnudos. Pocos hombres se veía en aquellos momentos,

estando quizá ocupados en quehaceres del campo. El aspecto de aquellos caseríos es realmente de miseria; á duras penas podían los que los habitaban abrigarse allí de la intemperie. Después de haber dejado atrás las últimas habitaciones de aquel sombrío cortijo, la ruta descende serpeando cerca de dos kilómetros, siendo esta cuesta peligrosa por lo frecuente y agudo de los recodos y el mal estado de la calzada. Más abajo corre el Río Blanco tomando origen del Pico de Orizaba, pasando al Sur de esta ciudad para desembocar en el mar de Alvarado abajo de Veracruz. Su curso torrencial en tiempo de lluvias, es como de cincuenta leguas. Atravesamos este río por sobre un puente de piedra de construcción sólida. No han dejado los guerrilleros de intentar destruirlo, aunque en vano, siendo siempre rechazados por la guarnición. El ejército francés construyó en una altura, en frente de este paso, un bello reducto, que por desgracia estaba dominado por varios lados, poniendo allí muros de máscara con gaviones. La barranca del Río Blanco es horrible de franquear, principalmente por un convoy de carros, teniendo tres ó cuatrocientos piés de profundidad y los bordes escarpados casi á pico. Estas inmensas barrancas, tan frecuentes en México, hacen el suelo fatigoso, en el cual hay además anchas grietas abiertas en los terrenos de aluvión por los torrentes que descienden de los montes, abriéndose paso violentamente por entre los obstáculos del suelo. Una vez pasado el río, la ruta es difícil y escarpada y dura y fatigosa la subida hasta alcanzar lo llano de la orilla derecha, en la cual se encuentra la hacienda de Cuahutlapan á donde fuimos á visitar las azucareras, haciendo una pausa de dos horas en el centro de las vastísimas plantaciones de caña que rodean el establecimiento.

El edificio es quizá menos bello y menos grandioso que el de Potrero, pero su situación al pié de unas colinas que verdean y orillas de un torrente, es agradabilísima. Los plantíos están surcados por acequias de irrigación, consistiendo en esto su principal riqueza. El cultivo de la caña de azúcar produce grandes rendimientos, pero exige también grandes y múltiples cuidados. Para sembrarla se la tiende horizontalmente dentro del surco, de donde sale después en tallos que llegan á alcanzar grandes dimensiones, y se hace una sola cosecha en el año.

En el momento de nuestra llegada, funcionaba con grande

actividad el molino de Cuahutlapan y cada uno de nosotros fué á ver como se fabrica el azúcar. Pasamos por en medio de muchos indios de un sexo y otro ocupados unos en acarrear las cañas que cortaban en el plantío, otros en deshojarlas y otros en dividir las en tres ó cuatro trozos que transportaban en grandes canastas en la espalda, las cuales iban á descargar junto á la prensa.

El molino tenía un motor hidráulico americano.

Comiézase por colocar los trozos de caña bajo de unos cilindros de hierro fundido que los trituran y machacan arrojándolos después de exprimido el jugo, que va por canales á caer en los recipientes; de allí pasa espumoso á unas calderas inmensas de cobre en donde se verifica la cocción: y ya que está de punto, se le vacía en moldes cónicos de asperón, perforados por uno de sus extremos. Cuando al enfriarse se ha solidificado la materia, se cierra el molde por medio de una capa de arcilla sobre la cual se aplica un baño de legía, la cual, pasando por los poros del cacharro y del azúcar, desaloja todos los cuerpos crasos que allí encuentra. La cristalización viene en seguida, pero aún queda el azúcar por refinar. En México aún no existen actualmente refinerías, dando por resultado que el azúcar refinado que se consume hay que importarlo de Europa, siendo por ende su precio fabuloso.

Las melazas provenientes de los residuos del melado de caña sirven para fabricar aguardiente. En esta hacienda se trabaja de día y de noche. En uno de los departamentos de la fábrica está la destiladuría de alcoholes. Este producto, del cual los mexicanos, especialmente la gente del pueblo, hacen un consumo considerable, deja grandes utilidades á los fabricantes.

Hacia un sol que aturdió cuando volvimos á ponernos en marcha; mas con todo eso, hallándonos á una altura de cerca de mil metros sobre el nivel del mar, la brisa nos hacía más tolerable el calor. Cada día hacíamos constar la diferencia sensible de temperatura que existía de una etapa á la otra, pues á medida que avanzábamos en las tierras altas más y más la atmósfera resfriaba. Llegando á la llanura que está después de la subida de Cuahutlapan, la cual verificamos en dos horas, un bellissimo paisaje se nos presentó de improviso. La sierra de Zongolica que limita el Sur de Orizaba, prolongándose de un

lado en la dirección de Córdoba y bordeando del otro el valle en donde corre el camino de Puebla, se ve á nuestra izquierda; á la derecha el Citlaltepec, destacándose sobre los otros cerros, ya á confundir con las nubes su nevada cima; en apariencia esta hermosísima montaña no dista de nosotros más que unos cuantos centenares de metros; el paisaje es admirablemente encantador por todos lados. La campiña, si se compara con las riquezas de la vejetación que atrás hemos dejado, acaso parecería un poco agostada, pero á la verdad muy lejos está de poder decirse que está seca. Es cierto que pasando de Córdoba no vuelven á verse aquellas comarcas fértiles de la tierra caliente que causa nuestra admiración al desembarcar; mas con todo eso fuerza es reconocer que en el distrito de Orizaba la tierra es rica por lo múltiple de sus producciones.

La situación topográfica de las tierras de este distrito explica lo vario de su temperatura, siendo esta, en las montañas de Huatusco, la de las tierras frías, en Orizaba la de tierra templada, y al Sur, por el lado de Tehuacán, la de tierra caliente; de modo que en el distrito de Orizaba, que ocupa una extensión muy reducida, se encuentran producciones de las tres zonas.

En efecto; hay allí magníficos cedros, palo de rosa, encino negro y encino verde; haya blanca, amarilla y roja; cafeto silvestre y muchas especies de maderas preciosas y de construcción; toda suerte de frutales de Europa y de América; plantas medicinales, tales como zarzaparrilla, purga de Jalapa, que es uno de los principales ramos de exportación, gomas y sustancias resinosas de clase varia etc; árboles y plantas aromáticas, palos de tinte y selvas enteras de liquidambar. Se cosecha maíz, frijol negro, garbanzos, arroz, avena y cebada; algodón, café de calidad suprema y afamado, cacao, caña de azúcar, vainilla y tabaco del cual se hacen cosechas sorprendentes en todo aquel territorio.

Después de haber pasado el desierto barrio de Escamela, se entra en los arrabales de la ciudad comenzándose á ver sus campanarios.

Orizaba, cabecera de distrito, está situada cerca de cincuenta leguas al Este de México. Su elevación sobre el nivel del mar es de 1220 metros. El terreno en que está construída, en la embocadura de un valle formado por contrafuertes de la Sierra

Madre es una especie de meseta que está 1180 metros más baja que el otro lado de la cordillera. La ciudad está al mismo tiempo unos trescientos cincuenta metros más elevada que los terrenos que la rodean por el Este y el Sud-Este. Sus calles son rectas y cortadas á escuadra con regularidad, como en casi todas las ciudades mexicanas, á excepción de las poblaciones mineras. Las casas son en la generalidad bien construídas, muy sólidas y de un solo piso. Están embanquetadas las calles céntricas, y las otras muy mediocremente pavimentadas. Los techos de las casas generalmente son de tejado, con aleros exteriores á los cuales llama el vulgo *boleados*. En el centro de las calles corre el agua continuamente en acequias, con pasaderas de piedra de trecho en trecho.

Orizaba posee algunos edificios públicos siendo entre ellos los más notables, de los templos, la Parroquia, el Carmen, San José de Gracia, San Felipe Neri, San Juan de Dios y Santa María. Hay un Colegio con clases de latinidad, filosofía, derecho civil y canónico, música y dibujo; dos hospitales, siendo uno para mujeres llamado de *Los Dolores*, etc.

Es Orizaba una ciudad activa é industriosa, y tiene un comercio considerable. Posee muchos ingenios para azúcar y molinos para trigo. También hay fábricas de hilados y de papel, etc. La de Cocolapan es bellísima.

Antes de dejar esta pequeña y hermosa ciudad testigo de las tribulaciones de nuestro primer cuerpo expedicionario, quiso verificar una ascensión al cerro del Borrego, en donde el capitán Détrie, del 99º de línea, se cubrió de gloria, el día 14 de Junio de 1862. Esta montaña domina á la ciudad por el lado Nor-Oeste. Todos preguntan ¿cómo pudieron el capitán Détrie y su escasa tropa, mochila al hombro, escalar una pendiente tan rápida? Cuando uno llega á la cima después de recorrer el talud practicado en la roca todo lo alto de la montaña, se encuentra sofocado, dándose solo así cuenta del vigor que aquellos valientes hubieron de desplegar toda una noche para encumbrar el monte y derrotar á numerosas huestes enemigas, ya establecidas con artillería y todo en aquella formidable posición. Tal vez usaron de garfios para prenderse en la aspereza de aquellas rocas, pues hasta aquella época el cerro

del Borrego, reputándose por todos inaccesible de todos lados no había quien se hubiera tomado el trabajo de ocuparlo. Tal olvido vino á suministrar al capitán Détriela ocasión para inmortalizar su nombre á riesgo de comprometer á todo el ejército. Después del glorioso combate del 14 de Junio, reconociose la necesidad de ocupar aquella importante posición, construyendo allí un reducto custodiado por una compañía de infantería.

Gran movimiento de tropas de todas armas había en las calles de Orizaba, trenes de artillería, cañones, carros cargados de víveres y de municiones y toda suerte de material de guerra dirigiéndose al camino de Puebla, siendo fácil de reconocer en aquella general agitación que grandes é importantes acontecimientos militares se preparaban. Al día siguiente de haber llegado á Orizaba nos enviaron con un convoy de artillería sobre Aculcingo al pié de las grandes Cumbres, en donde el día 30 de Abril de 1862, las tropas mexicanas recibieron de los franceses la primera derrota.

VII.

Aculcingo.—Las grandes Cumbres.—Puente Colorado.

Tehuacán.—Las Cumbres chicas.—Un vistazo sobre el Estado de Puebla.

Alejándose de Orizaba, penétrase en un vallecito muy verde en cuyo centro hay hermosos caseríos, pero tan luego como se ha dejado atrás el molino de *El Ingenio* á cinco kilómetros de Orizaba, el campo cambia de fisonomía poniéndose árido, con una vejetación pobre y mala. Los cerros que rodean este valle están pelones. De trecho en trecho se ven miserables cultivos y casas en ruinas por aquellos campos. La naturaleza del suelo es realmente distinta de la que antes veíamos. El polvo blanquecino que levantábamos al andar da indicio de lo poco productivo del suelo. Pronto llegamos á la hacienda de Tecamalucan, verdadera fortaleza en medio de un montón de árboles.

Rodean la hacienda, junto al camino, las casucas donde habitan los pobres indios jornaleros. Estas buenas gentes corrían á nuestro encuentro ofreciéndonos agua en unos calabazos. Era domingo; los indios observan con escrupulosidad la prác-

tica de los días consagrados al Señor y al descanso. Visten entonces sus mejores guñapos: ancho calzón de manta y calzonera de gamuza abierta de arriba á abajo para dejar ondear libremente el calzón; camisa de calicot y encima una chaquetilla de la misma piel que la calzonera. El calzado, enteramente primitivo, consistiendo en un pedazo de piel cruda de buey, atada á los piés por medio de correas, aunque los más andan enteramente descalzos. Los cabellos negros y espesos como crines, y cayéndoles hasta los ojos, dan á aquellos indios un aire de estupidez y embrutecimiento que justifican al tratarles. Las mujeres andan sucias y desmelenadas, y en su fisonomía hay un no se qué de repulsivo, pasando sus ocios del día festivo sentadas á la entrada de sus chozas y rascándose la cabeza para cazar los piojos en que abundan.

Como á una legua de Tecamalucan franqueamos la Barranca Seca, abismo profundo en donde el comandante Lefèvre con cuatrocientos hombres del 99^o de línea, batió á las tropas mexicanas, tomándoles dos banderas y cerca de mil prisioneros. El camino es muy malo en este punto, hundiéndose uno en el polvo hasta las rodillas; polvo blanquisco y muy fino que se levanta en nubes dejándonos á ciegas. El llano que está del lado opuesto de la barranca, estaba triste y erial, sin un árbol ni una brizna de hierva; pura tierra pelada.

Desde este sitio se divisa el campanario de Aculcingo, quedando sus habitaciones como escondidas entre follajes verdes. A corta distancia el campo, aunque sin arboledas, está revestido de verdor; son extensos y húmedos prados sembrados de trigo y de cebada. El valle, bastante reducido, se cierra á un kilómetro más allá del cortijo, y la cadena de montañas vuelve á juntarse formando una especie de anfiteatro cuya cima está cituada á ochocientos metros sobre nuestras cabezas.

La villa ó pueblo de Aculcingo es de una longura interminable; las habitaciones enfilan el camino de modo que puede decirse que no forma más que una calle. Hay pocas casas de mampostería; en todas partes las hay más ó menos limpias, pero en la generalidad muy pobres y miserablemente construidas. Muchas manadas de puercos de todos tamaños y colores, y de guajolotes de hermosa raza circulando libremente por las calles y aun en las mismas habitaciones. Hácese una exporta-

ción considerable de estos animales para Orizaba, siendo éste el único ramo de comercio que aquí se explota. Contigua á nuestro campamento estaba una casa cuyos habitantes, algo familiarizados con las tropas francesas por la frecuencia con que pasaban, departían con nosotros y me instaron para que entrase en la casa. Una mujer jóven, mejor diré, una niña, que apenas parecía tener doce años, estaba sentada en un rincón, dando el pecho, apenas formado, á un niño recién nacido. No ignoraba yo la precocidad de la naturaleza en aquella comarca, principalmente entre las mujeres, pero confieso que estaba muy lejos de pensar que llegara á ese punto. Aquella pobre criatura, molestándose por la atención que provocaba y comprendiendo sin duda alguna el motivo de mi curiosidad, se ruborizó y, levantándose desapareció. Otra mujer de alguna edad estaba junto á la puerta, doblada sobre el *metate*, que es una piedra para moler maíz, hincada de rodillas y con los hombros y el pecho desnudos, moliendo en la piedra, con un rodillo de palo duro, el maíz destinado á alimento de la familia. En un cesto tenía amontonadas dos ó tres docenas de *tortillas* especie de gachas muy espesas que sirven de pan en México. La tortilla se hace de maíz cocido en agua de cal y molido después, resultando una masa que dividida en pequeños bollos, se va extendiendo entre las manos palmoteando hasta formar una galleta redonda y plana, que se pone á cocer en una sartén de barro muy tendida y calentada por un fuego muy activo. Esta preparación es larga y trabajosa; las mujeres casi no tienen otra cosa en que ocuparse, pues sin cesar se les ve en casa haciendo *tortillas*.

La casa se veía muy limpia en su interior, conociéndose fácilmente que la casera era una mujer cumplida, ya que mantenía todas las cosas ordenadamente y en su lugar. En un rincón el tinajero con cántaros rebozando agua y jícaras (calabaza) pintadas de colores; más allá un *metate* y algunas esteras de junco para servir por la noche de lecho á la familia; algunas imágenes de santos pegados en las paredes; una estatua, en cera de colores, de la Santísima Virgen con vestidos de relumbrón. En el centro, suspendida de una cuerda de pita, una cesta de mimbrés, oblonga y pequeña, con una esterita muy limpia en el fondo, todo lo cual constituía la cuna del niño.

Este sistema de cuna es muy ingenioso, pudiendo las mujeres, mecer de noche sin fatigarse bastando con impulsar ligeramente la cesta para imprimirla un movimiento que le dura por algún rato. En otro ángulo de la casa, cuidadosamente envuelta en una ropa femenina, se veía una mandolina con el cuello descubierto. Este instrumento, que sirve para alegrar los ocios del día festivo, es un mueble indispensable en la choza del indio, sea cual fuere su pobreza. Encuéntrase con frecuencia indios que solo instintivamente conocen la música, y apesar de eso suelen tocar admirablemente la mandolina. Tiene este instrumento no se qué de triste y melancólico en sus sonidos, sin que por eso deje de sentirse cierto encanto al oír vibrar dulcemente sus cuerdas.

Los muros de las casas estaban formados de grandes trozos de bambú clavados profundamente en el suelo y alineados, uniformemente espaciados entre sí para dar al aire circulación libre en el interior. La techumbre está formada con hojas de plátano hábilmente tejidas y entrelazadas, por las cuales el agua se escurre sin calar jamás aquella capa espesa é impermeable.

El dueño del hogar, indio de tez cobriza color de ladrillo quemado, pero por otra parte, de fisonomía dulce y agradable, podía tener unos treinta años. Acogióme lo mejor que supo, instándome á que comiese con su familia; tortillas, frijoles y *tasajo*, regando todo esto con agua clara. Dí las gracias á aquellas buenas gentes, que se manifestaron contrariadas por mi rehusé; y es lo cierto que aquellas personas eran las más amables que yo hasta entonces había encontrado.

Los frijoles son un bocado muy feo por su color negro, pero excelente estando bien preparado. La administración del ejército nos los ha dado durante la mayor parte de la campaña, y siempre los tomamos con gusto. El *tasajo* es un platillo nacional más bien de origen español; diríase que es un manojo de tendones en salsa. La primera vez que ví un plato de *tasajos*, aderezados con salsa de *chiles* (pimientos) encarnados, me picó la curiosidad al grado de querer probarlos. Esta sola experiencia bastó para que no los volviese á gustar en mucho tiempo. Es una carne que se pone á secar al sol, cortada en tiras largas y delgadas, tomando la apariencia de cordeles, más que de carne, cuando la disecación es excesiva. Durante la comida, la